

## Sábado XVII Ciclo B



3 de agosto de 2024

Jr 26, 11-16.24

Sal 68

Mt 14,1-12

*P. Eduardo Suanzes, msps*

En el Evangelio se nos narra la estúpida y caprichosa muerte del Bautista por causa de la intrigante Herodías, con quien estaba ilegalmente casado Herodes. El relato refleja la insidia de Herodías contra Juan el Bautista.

Al inicio del texto del hoy, el breve dialogo del Tetrarca Herodes con sus oficiales da pie a la narración de la muerte de Juan. Herodes no está tranquilo, tiene miedo por haberle dado muerte. Está influenciado por la doctrina farisea de la resurrección, con elementos paganos, «fuerzas milagrosas/poderes/potencias», que hacen del resucitado su instrumento. Ve en Jesús a un Juan Bautista activado por fuerzas supramundanas. Y es entonces cuando Mateo expone cómo sucedió la muerte de Juan.

Juan se había convertido en un pesado que una y otra vez estaba denunciando la ilegal unión de Herodías con el Tetrarca de Galilea Herodes. Estos dos pájaros se habían conocido en Roma, donde ella vivía con su esposo legal (otro Herodes, el Agripa hermano del Antipas, también Tetrarca, un poco lioso esto...), y se enamoraron. Ella dejó a su marido en Roma con dos palmos de narices y se fue a Galilea para reunirse con su nuevo amor, el Antipas.

Juan se entera y conoce de primera mano la historia de Herodes y por eso empieza a denunciar el comportamiento escandaloso del Rey por causa de su unión y posterior matrimonio con su amante Herodías, esposa que dejó a su marido en Roma, como digo. Juan sabe que se la está jugando. Herodías ha demostrado con creces ser una mujer de armas tomar, que no se achanta ante nada. Aun así Juan sigue siendo congruente y sin temor a pesar del peligro.

El ambiente es muy inestable, porque, además, la auténtica esposa de Herodes, la rechazada, era hija de Aretas rey de los nabateos (zona de Petra, en la actual Jordania) quien, debido al agravio sufrido por el rechazo de su hija, se estaba alzando en armas y a punto de atacar. Herodes entonces, decide cortar por lo sano para minimizar problemas y aunque respeta a Juan y le agradaba escucharlo no le queda otra que apresarlo. El miedo al pueblo, sin embargo, impide a Herodes matarlo de entrada; lo mismo pasará a las autoridades judías respecto a Jesús.

En medio de esta inestabilidad, para celebrar su cumpleaños Herodes decide montar una fiesta de las que hacen época y para ello decide invitar a todos los personajes ilustres. Ya sabemos cómo se dio la historia.

La muerte de Juan fue fruto de las rencillas de una mujer y la vanidad de Herodes para no quedar mal con sus invitados. Murió por denunciar lo que a sus ojos no estaba bien, por cumplir con su deber de profeta, de acusador: «*No te es lícito tomar por esposa a la mujer de tu hermano*»

Herodías fue determinante en su muerte. Herodes sabía que Juan era «justo y santo», le temía, le obedecía en muchas cosas y le oía siempre a gusto. Herodías supo aprovechar la ocasión (o talvez la creó), y la vanidad de Herodes le sirvió de aliada.

Juan muere; sus discípulos «tomaron el cadáver y lo depositaron en el sepulcro» En este Juan estúpidamente asesinado, se transparenta a la iglesia la auténtica personalidad de Jesús. También él murió, víctima del odio de los dirigentes del pueblo de Israel y de la veleidad vanidosa del mismo pueblo. La conducta de Herodes para con Juan se ha repetido en la del pueblo de Jerusalén para con Jesús. Ambos —Herodes y el pueblo— escuchan a sus futuras víctimas con agrado y ambos terminan dando muerte a Juan y a Jesús. Pero ellos no son sino justos juguetes movidos por otros hilos; los de Herodías y de los sumos sacerdotes respectivamente.

El cadáver de Jesús, como el de Juan, también es puesto en el sepulcro, pero Jesús resucitó. Esta es la gran diferencia. Mientras que el sepulcro de Jesús está vacío, el de Juan sigue con el cadáver dentro. Juan es solamente tipo de Jesús. Superponiendo ambas figuras, existen semejanzas profundas y, al mismo tiempo, contraste brutal. En este contraste, se transparenta Jesús. La iglesia nueva, al contemplar la figura de Juan, reconoce al Cristo; hace suya la confesión del Bautista: «*Viene el más poderoso que yo detrás de mí*». Juan, por sus semejanzas y su contraste, es signo vivo de la presencia del Cristo. El primer signo de que el evangelio de Dios estaba llegando al mundo de la promesa<sup>1</sup>.

Juan el Bautista nos pone delante la totalidad del don que hizo de sí mismo. Un don de sí hasta la muerte. Fue tan absoluto su don que no le importó que su muerte fuera una muerte estúpida. Lo importante para él fue su donación no las consecuencias de la misma. Lo importante para él no era que estuviera en las mazmorras y que el resultado fuera el que fue. Tal vez, no siquiera pensaba en ello. Lo vertebral para Juan es la entrega total e indeterminada de su vida. Se sintió llamado y fue congruente sin importar le las consecuencias.

Pidamos, pues al Señor, por intercesión del Bautista, que nos ayude a hacer la donación de nosotros mismos al estilo del mismo Juan: el que supo disminuir para que Jesús creciera, y, como él, ser voces que claman en el desierto de nuestra cultura, que el Señor ya está aquí y que nosotros somos caños de su misericordia.

---

<sup>1</sup> JAVIER PICAZA - FRANCISCO DE LA CALLE. *Teología de los evangelios de Jesús*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1977